



Barcelona 11

Marzo 1860.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO.

SUMARIO.—TEXTO: Expediciones de los españoles al Africa, por D. C. Pascual y Gayda.—Una noche en las márgenes del Rhin, por Don José María Cuena.—Pobre Zaida, poesía por D. Ricardo Moly de Baños.—La niña ambiciosa, por D. Ignacio Virto.—La ausencia, soneto por D. Nilo María Fabra.—Teatros.—Miscelánea.—ILUSTRACION.—Caricaturas, por Felipó.

EXPEDICIONES DE LOS ESPAÑOLES AL AFRICA.

En el día 2 de enero de 1492, España vió rota y postrada á sus piés la media luna, despues de una lucha porfiada de ocho siglos, cuyo último y mas brillante episodio fué la conquista de Granada. Exhilarante entonces de gloria y de poder, nuestra indomable nacion, siempre pronta en las grandes empresas, y felizmente dirigida por los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, no consideró bastantes timbres el descubrimiento de un nuevo mundo y la creacion de su fortísima unidad, sino que bien pronto determinó arrojar á proseguir su primitiva contienda, en la tierra misma de donde salieran los vencedores de Guadalete.

Aconsejábalo tambien un interés eminentemente político; porque, á la verdad, en tanto que la raza vencida junto á los jardines de la Alhambra pudiese dirigir sus ojos suplicantes al otro lado del Estrecho, España podia temer fundadamente una nueva tentati-

va de invasion. Era preciso plantar el lábaro vencedor en frente del astro moribundo del islamismo, y aterrizar con nuevos y repetidos triunfos á las audaces tribus africanas, última esperanza de los vencidos en Granada.

No era esta la vez primera que las armas europeas iban á vengar los continuados ultrajes de las invasiones sarracénicas. A contar del siglo XI, los pisanos, genoveses, sicilianos, franceses y portugueses habian ya dirigido, con varia fortuna, repetidas expediciones contra los pueblos del litoral africano. En 1252, reinando en Castilla D. Fernando III, hizo preparar en los puertos de Vizcaya una gran expedicion contra Africa; pero su muerte impidió que obtuviera resultado. En 1277, Conrado Lanza, almirante del rey de Aragon, Pedro III, saqueó la costa de Africa, y batió en el Estrecho de Gibraltar la escuadra del rey de Marruecos.

El almirante Roger de Lauria se dirigió en 1284 con su escuadra sobre las islas de Gerbes y Kerkena, conquistándolas para sí y dejando en ellas guarnicion; pero su soberanía concluyó en 1355. Gilvert, vizcon-

de de Castel-Novo, almirante aragonés, se apoderó de Ceuta en 1309, en nombre de Aragon y Castilla; mas le fué cedida al príncipe árabe, Bu-Rbah. En 1400, la escuadra de Castilla incendió á Tetuan. D. Juan I, rey de Portugal, se apoderó de Ceuta en 1415, y en 1448, amenazaba la plaza por el rey de Fez, fué en su socorro el infante D. Enrique y rechazó á los enemigos. En 1432, el infante D. Pedro de Aragon, fué á la isla de Kerkena y la saqueó, haciendo muchos cautivos. El mismo año verificó D. Alonso otra expedicion sobre la isla de Gerbes, en que batió al rey de Tunez, empero la falta de víveres y los sucesos de Nápoles le obligaron á abandonarla. En 1481, el duque de Medina-Sidonia se apoderó de Melilla (Mlila), y luego de Casares, poblacion cercana.

Por este brevísimo resumen se comprende fácilmente que la guerra entre la raza latina y la raza árabe habia llegado á ser una necesidad, encarnada en las tradiciones de ambos pueblos. La toma de Granada y las revueltas de los moriscos dieron la señal de una nueva esplosion. Revivieron los mal apagados odios, y á su vivaz impulso, D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, salvó el Estrecho, y en 1505 tomó el fuerte de Mers-el-Kebir, á nombre de Castilla. En los años siguientes emprendió diversas correrias, experimentando un gran descalabro en una de ellas, por el año de 1507. El 21 de junio de 1508, ganó D. Pedro Navarro la fortaleza del Peñon de Velez de la Gomera, dejándola guarnecida, despues de haber ordenado el mejoramiento de sus obras.

No satisfacía todo ello las elevadas miras del cardenal Fray Francisco Gimenez de Cisneros. Dotado de una firmeza de carácter nada comun, y superior á su siglo, por varios conceptos, ciñóse la espada del conquistador sobre el cilicio del eremita, y al frente de catorce mil hombres y muchos caballeros aventureros, determinó pasar en persona al Africa, invirtiendo además en ello cuantiosas sumas de su propia hacienda. Nombróse capitan general de la armada al conde de Oliveto, Pedro Navarro, y un miércoles, á 16 de mayo de 1509, salió aquella del puerto de Cartagena, compuesta de ochenta naves y diez galeras. El día de la fiesta de la Ascension tomaron el puerto de Mers-el-Kebir. A la mañana siguiente, apenas desembarcadas las tropas, arengólas el cardenal, delante del signo del Crucificado, y no bien hubo terminado aquella gran solemnidad, llegaron los moros, en número de mas de doce mil, á disputarles el paso por la sierra de Oran. Batidos empero por el arrojado de nuestros soldados y diezmados por la artillería, huyeron precipitadamente hasta la otra parte de aquella ciudad, por haber encontrado sus puertas cerradas á amigos y enemigos.

En este intervalo, habiéndose acercado las galeras á la playa, fué acometida Oran por mar y tierra, y entrada á saco con furioso desorden, ganóse para España en aquella misma noche. Tan pronta conquista fué tenida como cosa sobrenatural por el vulgo y cronistas de aquella época; pues, á darles crédito, los moros dejaron sobre el campo de batalla cuatro mil cadáveres y cinco mil prisioneros, sin que muriesen de los nuestros mas que cuarenta personas.

Hizo su entrada el cardenal en la ciudad, con gran alegría, diciendo: *Gloria, no á nosotros, señor, no á nosotros, sino á tu santo nombre*: bendijo la mezquita mayor, consagróla á Santa María de la Victoria, y tan hábil político como esforzado capitan, volvióse al otro día con las galeras al puerto de Cartagena. De allí avisó al rey tan gran victoria, y dirigiéndose á su villa de Alcalá, entró en ella quince dias despues de tan asombrosa conquista, mas con la humildad del religioso que con el orgullo del vencedor.

Una vez dado el impulso, hubiera sido temeridad detenerle. Concertados el emperador y el rey Católico, sobre la sucesion del príncipe D. Carlos, tornóse á reanimar el espíritu público en contra de los infieles, y con efecto, reunida una parte de la armada en el puerto de Mers-el-Kebir, salió á su cabeza el conde Pedro Navarro, el día de San Andrés de aquel mismo año, reuniéndose con la restante en Ibiza. De allí, pasado el rigor del invierno, se hizo á la vela con cinco mil hombres y mucha artillería, en direccion á las playas africanas, el día 1.º de enero de 1510. Llegó la armada á la ciudad de Bugía, vispera de los Santos Reyes, y al día siguiente, en el breve espacio de tres horas, fue ganada por los españoles, á pesar de la superioridad numérica de sus contrarios.

La importancia de esta nueva conquista fué causa de que Argel, Delis, Mostaganem y los reyes de Tunez y Tlemecen capitularan, estipulando dar libertad á todos los cristianos y acudir con ciertos tributos anuales. Pero no terminaron aquí las glorias del indomable conde. El día 7 de junio salió de Bugía con ocho mil hombres, y habiéndolos aumentado hasta catorce mil con los que venian en las galeras de Nápoles y Sicilia, arribaron en pocos dias á Trípoli, que despues de un sangriento combate fué igualmente reducida á posesion española.

C. PASCUAL Y GENIS.

(Se continuará).

UNA NOCHE EN LAS MARGENES

DEL RHIN.

(VÉASE NUESTRO NÚMERO 6.)

III.

Un año antes de la época en que empieza la historia que te cuento, el conde de Finkenthall habia traído al castillo á Beatriz de Gelberg, hija de un antiguo amigo suyo, que habia quedado huérfana.

Beatriz trataba á Conrado con mas afabilidad que á los demás, y el jóven creyó que por fin su vida iba á cambiar.

Su corazon empezó á latir con mas libertad, y le pareció que descubria el horizonte de una nueva vida.

Conrado amó á Beatriz, pero no con un amor dulce y tranquilo, sino con pasion, con frenesí. Todo el tesoro del amor lo consagró entero á Beatriz única persona que no lo habia desdeñado, único ser que lo habia comprendido.

Yo creí que Conrado se me escapaba; pero estaba escrito que habia de ser mio.

Gualtero se enamoró tambien de Beatriz y rogó al conde que le concediera su mano.

Beatriz era noble, jóven y bella, y el conde de Finkenthall accedió gustoso á esta boda.

Beatriz era orgullosa y no vaciló entre el poderoso señor y el bastardo.

Conrado suplicó en vano á su padre; el conde lo rechazó con altivez.

Recordó á Beatriz sus promesas; pero por toda respuesta Beatriz le dijo que su tutor lo habia dispuesto así y que ella debia obedecerle.

Conrado estaba desesperado, furioso, fuera de sí. Por todas partes donde volvía la cabeza encontraba la desgracia por delante, el abandono, el dolor.

En medio de aquella desesperacion yo iluminé su entendimiento.

Una alegría feroz apareció en sus labios: un fuego infernal brilló en sus ojos.

Por fin encontró el medio de vengarse de su hermano, de satisfacer el odio instintivo que siempre le habia tenido.

IV.

Magníficas y suntuosas fueron las fiestas con que el conde Manfredo de Finkenthall celebró la boda de su hijo Gualtero con Beatriz de Gelberg.

Después de la espléndida cena que tuvo lugar la noche del día en que los desposados recibieron la bendicion nupcial en la capilla del castillo, Conrado se deslizó furtivamente en la cámara que estaba dispuesta para los recién casados.

Esta cámara era una vasta sala tapizada de brocatel, púrpura y oro, en cuyo fondo estaba el lecho nupcial cubierto con anchas cortinas de damasco blanco.

Conrado lanzó una mirada de celos y odio á toda la cámara y se ocultó en el hueco que habia entre el lecho y la pared.

Entonces sacó un agudo puñal que llevaba oculto en el pecho y esperó.

Poco tiempo después apareció Beatriz seguida de sus doncellas las cuales la ayudaron á desnudarse.

Cuando estuvo acostada las doncellas se retiraron.

Una lámpara de alabastro colocada sobre un trípode de bronce dorado derramaba una débil claridad por toda la cámara quedando el lecho casi oculto en la sombra.

Cuando Conrado vió desaparecer la última doncella y oyó cerrar la puerta, apartó bruscamente las cortinas que lo ocultaban, se arrojó sobre Beatriz con la rapidez del rayo y le hundió tres veces el puñal en el corazon.

En aquel mismo instante se abrió la puerta que comunicaba con la habitacion de Gualtero y este apareció en ella.

Conrado se quedó de pié, con los brazos cruzados delante del lecho de Beatriz cuyas cortinas habian vuelto á unirse.

Como la luz que proyectaba la lámpara era bastante débil y todo habia quedando sumido en el mas profundo silencio Gualtero no vió á su hermano hasta que estuvo delante de él.

—¿Qué haces aquí á estas horas? dijo Gualtero asombrado.

—¿Qué hago! respondió Conrado con una calma y un tono que aterraron á su hermano; esperarte.

—¿A mí! en este sitio y á esta hora!

—Sí, á tí, en este sitio y á esta hora.

—Pero ¿qué quieres, que pretendes?

—Quiero vengarme, quiero tu vida.

—Esto es por demás, exclamó Gualtero dirigiéndose á la puerta para llamar.

Pero Conrado le cogió por un brazo y le obligó á quedarse.

—No saldrás de aquí, le dijo, no saldrás. Es preciso que sepas lo que guardo aquí, en el corazon, hace veinte años; es preciso que veas todo el odio que tengo encerrado en mi pecho contra tí.

—¿Así olvidas los beneficios que te hemos dispensado siendo como eres un bastardo?

—¡Bastardo!... ¿y porque soy bastardo no soy digno del cariño de nadie?...

—No te damos aquí un asilo? que mas puedes de-

— ¡Un asilo! exclamó Conrado con una amarga sonrisa;... tus perros de caza tambien tienen asilo en este castillo... Además los beneficios cuando no conquistan el amor engendran el odio, el aborrecimiento... Eso, tú, feliz y dichoso mortal, no lo comprendes, pero yo sí... Veinte años sufriendo en silencio; sin ver jamás un rostro amigo, sin oír nunca una palabra afectuosa... ¡Oh!... Hace veinte años que sufro todos los tormentos del infierno, pero hoy quiero vengarme... se ha colmado la medida y se ha empezado á desbordar... Yo amaba á Beatriz, tú lo sabías, y me la has arrebatado cobardemente... ¡pues bien!... mírala!... Y cogiendo á Gualtero por un brazo lo arrastró hasta la cama y separó las cortinas.

— ¡Ahí la tienes!... ahí tienes á tu esposa!

— ¡Muerta!... Exclamó Gualtero, retrocediendo horrorizado.

— ¡Muerta!... sí; yo la he asesinado. Tú me has robado mi dicha, yo te doy un cadáver.

— ¡Miserable! exclamó Gualtero echando mano á la daga que llevaba en el cinto... ¡miserable! ahora vas á morir tu tambien!

Conrado cogió su puñal y se trabó entre los dos hermanos una lucha infernal cuyos únicos testigos eran un cadáver que dormía y el infierno que reía.

De repente Gualtero lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo como herido de un rayo.

El puñal de Conrado le había atravesado el corazón.

Aquel grito pareció volver la razón á Conrado.

Miró horrorizado á su hermano tendido á sus piés bañado en su propia sangre, á Beatriz asesinada por él en su lecho, y se lanzó fuera de la cámara hecho un loco.

Fuera de sí, atravesó todas las habitaciones del castillo, y vino á arrojarle á ese lago que se desliza tan tranquilo.

Las aguas se abrieron para dar entrada en su seno á aquel terrible depósito, despues se cerraron ya presuraron su marcha para arrojar cuanto antes en el Rhin aquella pesada carga.

Esas dos tumbas que están ocultas debajo de esa verde alfombra de musgo, son las de Beatriz y Gualtero asesinados por su hermano.

Esa sangre que hay debajo de las aguas de ese lago, es la del fratricida.

El Conde de Manfredo huyó de estos lugares y solo Dios sabe su paradero.

Ahora busca si te atreves la felicidad.

— ¡Cracias á Dios que os encuentro! Señorito; no nos habeis dado mal susto, todos creían que os habeis extraviado.

Yo desperté sobresaltado al oír aquella voz.

Era mi criado que impaciente por no verme volver á la fonda, había salido á buscarme.

No me atreví á preguntarle por temor de que se burlara, si se había visto á alguien sentado á mi lado y dudo todavía si aquello fué un sueño ó una realidad.

JOSÉ MARÍA CUENCA DE LUCHERINI.

POBRE ZAIDA!

I.

Triste es la noche..., las auras

Tenues ayes solo dan,

Tan tenues que apenas nacen

Se les siente ya espirar.

De la luna de los cielos

La argentada claridad

Va á morir entre las nubes

Que tan solo sombras dan.

Tambien la morisca luna,

Con la sombra del pesar,

Entre nubes de cristianos

Pierde ya su claridad!

En las débiles murallas

De la hermosa Tetuan,

Solo se ostenta la pena

De la densa oscuridad;

Que ya es todo en ella oscuro

Cual su honor que á morir va..!

Y su tétrico recinto,

Que aun su llanto acrece mas,

La desventurada Zaida

Abandona con su hogar.

Pues ¿qué es su hogar sin su amor,

Qué es su amor si murió ya

En defensa de una patria

Que está próxima á espirar...?

Son sin tallo flores débiles

Que destroza el haracán,

Perfumes que se evaporan

Del trasparente cristál,

Y en las auras ¡ay! espiran,

Cual las auras en la mar.

¡Pobre Zaida! llora, llora,

Porque el llanto es un solaz,

Y entré sus gotas, del alma

La amargura envuelta está!

¡Pobre Zaida! llora, llora,

Que es un bálsamo el llorar

Tu amor por la patria muerto,

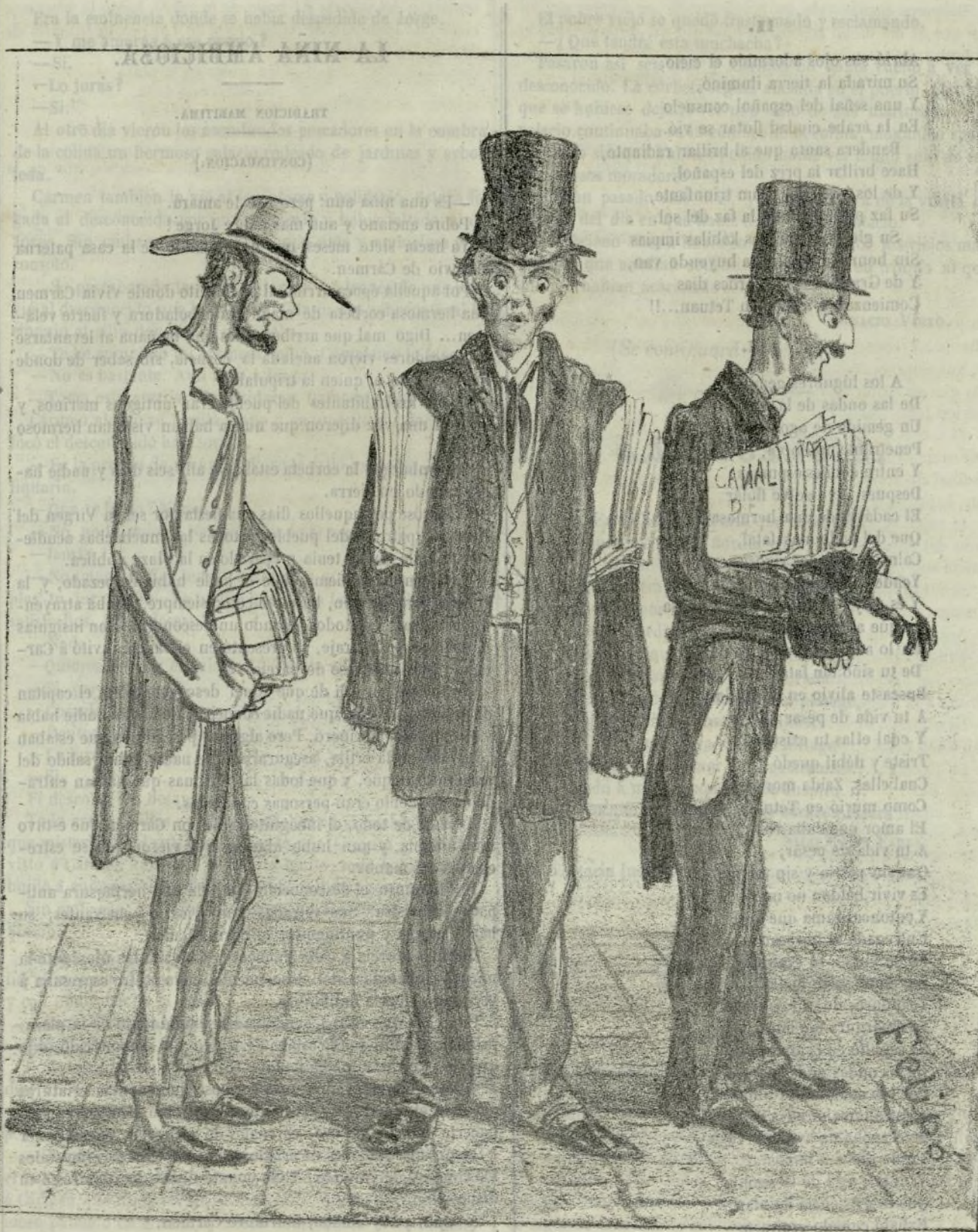
Tu patria que á morir vá..,

Tu morisca media luna

Que se eclipsa en Tetuan,

Cual la luna de los cielos

Que tambien se eclipsa ya..!!



Varios accionistas reducidos á su menor expresion.

II.

Abrió sus ojos adormido el cielo,
Su mirada la tierra iluminó,
Y una señal del español consuelo
En la árabe ciudad flotar se vió.

Bandera santa que al brillar radiante,
Hace brillar la prez del español,
Y de los hijos del Islam triunfante,
Su faz presenta ante la faz del sol.

Su gloria al ver, las kábilas impías
Sin honra ni esperanza huyendo van,
Y de Granada los cobardes días
Comienzan á imitar en Tetuan....!!

III.

A los lúgubres gemidos
De las ondas de la mar,
Un gemido de agonía
Penetrante unido va,
Y entre débiles espumas,
Después ¡ay! se ve flotar
El cadáver de una hermosa,
Que del hado mas fatal,
Calmar quiso los rigores
Yendo allí muerte á buscar!
Y es ¡ay! Zaida aquella hermosa,
La que allí marchita está...
En lo adverso ¡pobre Zaida!
De tu sino tan fatal,
Buscaste alivio en las ondas
A tu vida de pesar!
Y cual ellas tu existencia
Triste y débil quedó ya...
Cual ellas, Zaida moriste,
Como murió en Tetuan
El amor que daba vida
A tu vida de pesar;
Que sin patria y sin amores,
Es vivir baldon no mas!
Y entonces rama que vuela
Entregada al huracan
En su curso, tú espiraste
Sin amor y sin hogar...
Y entonces de tu existencia
La amargura tan fatal,
Se sepultó en la amargura
De las ondas de la mar...!
Por eso cuando sus linfas
A estrellarse airadas van,
Se escucha un aye que vaga
Tu desdicha á lamentar,
Y es el ¡ay! de la agonía
Que tu existencia de afán,
Exhaló cuando espiraste
Con las brisas de la mar....!!

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

LA NIÑA AMBICIOSA.

TRADICION MARITIMA.

(CONTINUACION.)

—Es una niña aun: pero ella le amará.

Pobre anciano y aun mas pobre Jorge!

Ya hacia siete meses que habia salido de la casa paterna el novio de Cármén.

Por aquella época arribó al pueblecito donde vivia Cármén una hermosa corbeta de magnífica arboladura y fuerte velamen... Digo mal que arribó, pues una mañana al levantarse los pescadores vieron anclada la corbeta, sin saber de donde habia venido ni quien la tripulaba.

Todos los habitantes del pueblo eran antiguos marinos, y todos á una voz dijeron que nunca habian visto tan hermoso buque.

Sin embargo, la corbeta estaba ya allí seis días y nadie habia saltado en tierra.

Celebróse por aquellos días una fiesta por ser la Virgen del Rosario, patrona del pueblo, y todas las muchachas acudieron al baile que se tenia preparado en la plaza pública.

Ya hacia algun tiempo que el baile habia empezado, y la encantadora Cármén, hermosa como siempre, estaba atrayendo las miradas de todos, cuando un desconocido con insignias de marino y rico traje, se presentó en el baile é invitó á Cármén á que le sirviese de pareja.

Susurróse por allí de que aquel desconocido era el capitán de aquella corbeta, que nadie conocia y de la que nadie habia visto un solo marinero. Pero algunos pescadores que estaban aquel día en la orilla, aseguraron que nadie habia salido del misterioso buque, y que todas las personas que habian entrado en el pueblo eran personas conocidas.

A pesar de todo, el incógnito bailó con Cármén que estuvo muy amable, y aun hubo algunos que vieron que se estrechaban las manos.

Era hermoso el desconocido; pero de una hermosura antipática, siniestra. Sus miradas eran frias y penetrantes; su barba espesa y puntiaguda; su nariz afilada.

Cármén sonreía á cada momento, y bajaba los ojos ante la mirada escrutadora del desconocido, cuyo rostro espresaba á veces una alegría indefinible.

Una vieja que estaba acurrucada en un ángulo de la plaza, próximo al sitio donde estaban Cármén y el desconocido, dijo que les oyó decir lo siguiente:

—Mira, hermosa niña, mas hermosa que cuantas criaturas encierra el universo; yo te amo y soy tan rico, que puedo hacerte palacios de oro, carruajes de pedrerías; puedo poner á tus órdenes millares de criados que á tu voz correrán todos los confines del mundo. Todo cuanto desees lo tendrás á tu disposición.

—Amo, y soy amada, murmuró Cármén.

—Ya lo sé. ¿Pero qué es el amor de un niño con el mío, que puedo ofrecerte ciudades, un mundo entero. Qué quieres? Qué exiges de mí?

—No puedo amarte.

—Sí puedes. Pídemelo que tu quieras; y si no te lo doy puedes odiarme.

—Pues bien: quiero ver mañana un palacio en la colina que domina el mar.

Era la eminencia donde se habia despedido de Jorge.

—Y me amarás á ese precio?

—Si.

—Lo juras?

—Si.

Al otro día vieron los asombrados pescadores en la cumbre de la colina un hermoso palacio rodeado de jardines y arboleda.

Cármén tambien lo vió al levantarse y palideció. Estaba ligada al desconocido por un juramento y habia faltado al de Jorge. Sin embargo Cármén era una niña y ambiciosa y se consoló.

Se paseaba á la tarde en el jardín y á través de una reja vió al desconocido que la llamaba. Una fuerza sobrenatural la empujó al sitio donde este se hallaba.

—Te he cumplido mi promesa, niña. Cúmpleme la tuya.

—No es bastante. Aun amo á Jorge.

—Toma esta sortija y le olvidarás. Dame tu mano.

Cármén alargó su bonita mano y en uno de sus dedos colocó el desconocido una sortija.

—Es la prenda de mi amor. Pero te exijo una cosa. Ese reliquario.

—Que te lo de? Nunca.

—No, no lo quiero. Necesito que lo arrojes.

—Jamás.

—No importa. Has jurado amarme y quiero que me cumplas tu juramento. Ya te dije que todos tus caprichos serian satisfechos. ¿Qué deseas?

—Nada.

—Quieres habitar el palacio? Tú serás allí una Reina.

—Si, pero no hoy.

—Cuándo!

—Dentro de ocho días.

—Lo juras.

—Si.

El desconocido desapareció.

Todo era habillitas y murmuraciones en el pueblo. El buque misterioso, el palacio edificado por encanto y el haber visto á Cármén hablando con el incógnito, todo habia contribuido á aumentar los cuentos que corrían de boca en boca.

Sin embargo, nadie se habia atrevido á decir nada al viejo Simon.

Al otro día de la entrevista de Cármén y el desconocido, fué el anciano al cuarto de su ahijada, deshecho en lágrimas y con una carta en la mano.

—Carta de Jorge, decia agitándola.

—Si?

—Si: mira, mira lo que dice: que estará aquí dentro siete días.

Era justamente el día en que habia prometido habitar el palacio del desconocido.

—Después de mil cosas referentes á nuestros asuntos; decia el buen viejo llorando de alegría, concluye así: «Y en cuanto á Cármén que no la olvido un momento, que la llevo un hermoso pañuelo de Manila, y sobre todo que la llevo intacto el corazón de su Jorge.» Lo oyes, hija mia, dentro de siete días... será preciso arreglar los preparativos de vuestra boda... Pero ¿qué tienes muchacha? no te alegras como yo. ¿No sientes placer por la vuelta de Jorge?

—Si.

—Pero es que ya no le amas?

—No.

Y sin añadir una palabra se salió de la habitación

El pobre viejo se quedó trastornado y exclamando.

—¿Qué tendrá esta muchacha?

Pasaron así seis días y Cármén no habia vuelto á ver al desconocido. La corbeta seguía anclada en el puerto, pero sin que se hubiese dejado ver uno solo de sus marineros, y el palacio continuaba en la cumbre de la colina, magnifico siempre, pero sin que hubiese podido nadie ver á uno solo de sus misteriosos moradores.

Habian pasado seis días, y era la víspera de la vuelta de Jorge y del día en que habia de habitar el palacio.

El Anciano Simon habia convocado á todos los viejos marineros, que acudían solícitos para recibir en triunfo al que de niño habian acariciado sobre sus rodillas.

IGNACIO VIRTO.

(Se continuará.)

LA AUSENCIA.

En la linfa del Turia que argentada

Mansa recorre la florida vega

Y á la mar melancólica se entrega,

¡Te contemplo, Valencia, reflejada!

Mecidas por el aura perfumada

Que de jardines pintorescos llega,

Las galas que natura en ti despliega

Se presentan sin fin á mi mirada:

Mas ¡ay! de tus campiñas el paisaje,

Del apacible río los murmullos,

El céfiro que vaga entre el follaje

Y las aves, de amor con sus arrullos....

Todo á mi corazón tristeza inspira....

¡Porqué en la ausencia el corazón espira!!

NILO MARIA FABRA.

Valencia junio de 1858.

TEATROS.

PRINCIPAL.

La inspiradísima ópera de Bellini, *Norma*, ha sido cantada con un brillante éxito en el decano de nuestros teatros. La Sra. Titiens posee una voz estensa y grata, aunque no muy voluminosa, prestándose á toda clase de canto, por lo que hizo resaltar la parte de protagonista, siendo llamada repetidas veces á la escena. En todas las piezas en que tomó parte nos satisfizo completamente y la aplaudimos de todas veras. En el segundo acto estuvo sublime como á actriz.

La señora Lemaire canta con sumo gusto, espresion y sentimiento, y por lo mismo fué aplaudida y en el duo del segundo acto al cantar el tan conocido andante *Mira Norma*, etc.; nos hizo verter una lágrima. Lástima que la estension y volumen de su voz no sea mayor, pues estaria llamada á ser una verdadera notabilidad.

El señor Grazziani nos gustó, haciendo cuanto le fué dable para salir airoso en el desempeño de *Polion*.

Debemos agradecerle su condescendencia en aceptar un papel que no era de su *tessitura* y en el que no obstante logra arrancar aplausos.

El señor Vialetti secundó á sus demás compañeros:
Coros y orquesta bien.

LICEO.

En este teatro ha vuelto á reproducirse la representación de la tan acreditada ópera *I Martiri*, y de fijo nadie esperaba que su desempeño fuese tan satisfactorio.

Cábenos, pues, el gusto de decir que ha llenado los deseos del público y que la Empresa ganará honra y provecho.

La señora Carrozzi-Zucchi cantó é interpretó de una manera inmejorable el papel de *Paolina*, siendo aplaudida y llamada á la escena repetidas veces. Ella y el señor Palmieri fueron objeto de una espontánea ovación en la segunda noche de su representación al concluir el dúo del último acto.

Nos alegramos que se premien los esfuerzos de unos artistas que procuran captarse las simpatías del público con su laboriosidad y galantería.

El señor Palmieri hizo lo que nadie podía imaginarse, y fué sumamente aplaudido, distinguiéndose particularmente en el final del tercer acto, donde estuvo acertadísimo como á actor, lo propio que en el dúo del último.

El señor Bellini hizo cuantos esfuerzos pudo para salir airoso del desempeño de *Severo*, y logró hacerse aplaudir cantando con precisión su aria de salida del segundo acto.

Inútil es que nos ocupemos de Rodas, puesto que no es la primera vez que le hemos aplaudido en esta misma ópera.

Aducci y demás secundaron bien.

El baile de Amazonas del segundo acto, obra del señor Moragas fué bien ajustado y muy aplaudido. Damos la enhorabuena á su director y autor.

La orquesta tocó con aquel colorido, precisión y ajuste que tan buen nombre le ha valido.

La escena servida con lujo y propiedad y las decoraciones magníficas.

La chistosísima comedia de Breton *El cuarto de hora*, fué muy bien interpretada por todos cuantos actores tomaron parte en su desempeño.

Nunca nos cansaremos de aconsejar al simpático Director señor Malli, que siga escogiendo producciones como esta ó de otros autores nacionales.

CIRCO BARCELONÉS.

En el Teatro Ristori, (como se ha dado en llamar á dicho coliseo) se puso en escena el drama en tres actos y cuatro cuadros, original del señor D. Antonio Altadill, *El presidario de Ceuta*, producción que dista mucho de llegar siquiera á la mediana perfección y cuyo argumento es del todo punto trivial y hasta inverosímil para que preste interés. A buen seguro que si se suprimiera el primer y tercer cuadro no influiría en nada, pues en el segundo se explica lo que pasó en el anterior, é igual acontece en el cuarto respecto al tercero. A nuestro modo de ver con un solo acto podía combinarse este drama. Tal vez se nos diga que la precipitación con que se ha escrito, al propio tiempo que el deseo de hacer figurar en él algunos episodios de la guerra que con tan brillante éxito ha emprendido nuestra querida patria, ha sido causa de los muchísimos defectos que se notan en esta producción del señor Altadill; pero á pesar de ello podía desarrollarse mejor el plan, y la acción de la fábula y algunas situaciones que carecen de sentimiento habrían podido tenerlo por poco que el autor hubiese estado más inspirado.

Al principiar el drama creímos que asistíamos á la repre-

sentación del sainete *El payo de la carta*, luego la picaresca escena de Juan y su novia nos recordó *Los inconvenientes de Mariquita* por Franquelo:

Tu padre en la plaza,
Tu madre en misa,
La puerta abierta

Y tú en camisa...

Por vía é los inconvenientes!...

En seguida nos hallamos en idéntica situación que en la ópera *Il Fornaretto*, pues acusaban á un inocente.

A propósito hallamos inmotivada la muerte de uno de los que pretenden asesinar á Jaime. Este hubiera podido defenderse de sus agresores y dar voces para que le socorrieran.

Tenemos, pues, que el argumento flaquea sobre su base, que la moral no sale muy bien librada, porque *Curro* no es castigado por su crimen y el pobre Jaime se vé obligado á sufrir una condena de reclusión perpétua en el presidio de Ceuta. Hay la particularidad además que este á causa de su dolor se ha vuelto semi-salvaje y que á todos aporrea, y que por la razón de que otro presidario se ha burlado de una lágrima que rodaba por sus mejilla ha intentado ahogarlo, y no lo ha conseguido, no por falta de voluntad, sino por mera casualidad, poniendo en boca del comandante del presidio la frase *ha hecho bien*... Si esto es moral... no creemos que nadie tenga derecho para hacerse justicia de *motu* propio. El autor debía procurar que el desgraciado Jaime, joven honrado al extremo, lograra con sus consejos inspirar la confianza á sus compañeros y encaminarlos al sendero de la virtud.

Hay una idea que nos agradó infinito, tal como en la que se insinúa la reforma del reglamento interior de los presidios, pero es asunto que otros escritores lo han tratado más á fondo.

Lo que nos pareció del todo impropio fué cuando un voluntario catalán entrega el fusil á un soldado para ir al combate con solo una navaja que este le dá. Bueno es que se elogie lo que sea digno de ello; pero nadie podrá creer que nuestros bravos voluntarios fuesen al combate sin fusil.

En resumen en *El presidario de Ceuta*, nada hemos visto de original que pueda llamar completamente la atención ni escitar el interés del público.

La escena de los corresponsales está escrita con gracia y nos agradó infinito á pesar de lo nada verosímil que el inglés escribiese de manera que Juan pudiese oírlo, pero de este modo el espectador puede reír un rato, aun cuando conociera que todo es fuera del caso.

Y francamente nos ha sorprendido que de la bien cortada pluma del señor Altadill haya salido una producción de tan escaso mérito literario. No obstante los espectadores lo llamaron á la escena al final del segundo y cuarto cuadros.

El desempeño por parte de ciertos actores pésimo. Parece imposible que haya quien trabaje con tanto descuido. El señor Altadill no podrá menos que estarles *agradecido*.

EL CAFÉ.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de la Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime 1.º, José Mañá, fuente de S. Miguel, n.º 4; y en las principales librerías del Reino. Redacción y Administración, en la misma imprenta.

PRECIOS. En Barcelona. En provincias

Seis meses. 19 rs. 24 rs.

Tres meses. 10 rs. 15 rs.

Un mes. 4 rs.

Por lo no firmado, NILO MARÍA FABRA, Secretario.

DIRECTOR Y E. R. JOSÉ ANTONIO FERRER FERNÁNDEZ.

—Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.